

Don Venustiano acogió las dulces frases,  
paternalmente.

¡Cristalinos instantes de emoción empañados  
por los suspiros de una triste anciana!

...A tres de sus varoniles hijos perdiolos en  
la guerra...

...Y allí estaba, leal, leal, con augusta  
lealtad romana!...

.....  
.....  
Mujeres civiles-revolucionarias: Desde aquí  
os saludo.

## EN EXCURSION CON EL JEFE

### ¡LA MAQUINA LOCA!

Ambiente militaresco: obsesiones de clarín; ráfagas de alcohol; latigazos de sensualidad; tropa en cansancio de paz; figuras de cien mujeres ariscas, sucias, despeinadas, algunas entregándole su pecho flácido al vástago serrano; jovencillos petimetres embutidos en trajes épicos, a capricho, predominando el "kaki" del "yankee"; charangas por cada plaza; pelotones de a caballo, en marcha de lucimiento, de paseo; todo eso, bruscamente, inusitadamente, perdióse, desapareció de Veracruz.

En lugar suyo, la esfinge de las incertidumbres trágicas, mironos con ojos terribles; trajo, por su hierática actitud, una crispatura de catástrofe para los espíritus acoquinados; puso en guardia de material defensa al cartaginesismo del comercio; y en disposición de rápido escape a tantas familias complicadas, cooperadoras por consentimiento o auxilio...

... El enemigo, cuantioso, temerario, vengador, sañudo, adelantaba, muy cerca; como poniale sitio a lá mística Puebla, descontenta de las gentes de Carranza, por sus órdenes contra el clero, dominaríala, sin duda, con la fuerza de la disciplina, del coraje, de la mortífera metralla: fusilería y potentísimos cañones; los cuales, más luego, rodando, y rodando, y rodando, llegaríanse hasta enfilarse la tiniebla siniestra de cada boca, ante la misma capital del instante; refugio, el último—madriguera, mejor—constitucionalista. . .

Por eso que salieran, así, tras inopinado tropel, los refuerzos: ejército, mucho ejército; armas en cuanto número y clases las hubo, aún diez ametralladoras "Hotcheick", y cuatro grandes piezas de montaña; parque, por suma cantidad; provisiones de boca, abundantísimas.

Mas, inútil—murmuraba la clase enemiga, denunciando taimado regocijo, hondo.

—Nadie, ni nada, aquí, es suficiente para contener a "Pancho" Villa, invencible guerrillero, en su desatada avalancha de ataque; ni a Angeles, maestro de tácticos, comandando personalmente la invasión; ni a los propios zapatistas, tan bravos, tan corajudos, tan con su sed de tierras, con su sed de exterminio. Y ellos, todos, compenetrados, unánimes, avanzan hora por hora, minuto por minuto.

Tales los comentarios en auge grato, entre la mayoría hostil. Los adictos, en cambio, na-

da oponían, revelándose silenciosos, torvos, sin disimular siquiera su pesadumbre ante el inesperado contratiempo, temible.

Alvaro Obregón—¡al fin!—dispúsose a salir; pero sin nombramiento de Jefe Superior de operaciones—creíase que por menudas pasioncillas. Llevaba él un tren, repleto de soldados "yaquis", con dos vagones cabales de pertrechos modernos; gran prestigio, invicto; gran empuje, valeroso; gran lealtad, acerada. Ese, el supremo recurso de defensa.

Una nueva noche; otra mañana más; y en parte, cumpliéronse los negros presagios: Eufemio Zapata, hermano, y segundo de Emiliano, pisaba, triunfador, la urbe angelopolitana; echábanse allá a repique de pascua las campanas; ensordecían el aire los mueras al ateo de don Venustiano, estrechándose, en fraterno apretón, clericalismo y zapatismo; mientras, despavoridos, diezmados, por la derrota, ibanse las huestes de generales como Coss, y Castro, y Robira, y Maycotte, dispersos, ellos; unos, hacia Apizaco, a San Marcos los otros. Cuanto a Obregón, y a los suyos, ni aún recalaron en la zona de combates. (Parte enemigo).

El temor, entonces, hízose pavor; la desconfianza, seguridad de desastre; aquella sorda e insidiosa conspiración anti-carrancista, franca y altiva crítica. Preparándose, pues, los veracruzanos, y fuereños al débil abandono del constitucionalismo, al duro apoderamiento de "Doro-teo Arango" con los suyos.

Y así, en medio de tanto desconcierto, tumulto de actos e ideas, don Venustiano, sereno, majestuoso, colosal, dispone "inspecciones a los campamentos, por la línea amenazada".

—¡Cómo!, exclamaron los imparciales. ¿Es posible aquella verdad, con esta resolución?

Los partidarios dijeron:

—Atrevida hazaña que acaso nos conduzca al aniquilamiento. Osadía, osadía. Mal consejo.

Los opositores:

—Recurso aparatoso para engañar a incautos. La inspección, es huída. Apizaco, el Istmo. De allí, a Cuba; acaso a la China...

Y reían, con carcajada batiente.

Muchos amigos, sabiéndome dispuesto a nutrir el viaje, con títulos de corresponsal de guerra, acercáronse a prohibírmelo resueltamente, "en nombre del afecto".

—Sería disparate tremendo, sin medida.

—Les coparán.

—Les fusilarán.

—Les quemarán.

—Soltarán máquinas locas.

—Volarán puentes.

La gama de los salvajismos, en maridaje con la fatalidad, corrió por mis ojos en un instante, brotando de bocas, tan amigas como timoratas.

Lograron, por fenómeno explicable, lo contrario a sus deseos: enardecerme. Y si dudé, decidime. El hecho que juzgaba asaz sencillo, sin importancia, y menos gloria, envolvíanlo en

los cobres de audaz aventura, propia sólo de espíritus templados; seguirla, pues, sobre obligación, era ya ansia. Mi estrella interior, de optimismo, brilló con segura esperanza de salvamento. ¡Muy magnífica página para el *Heraldo!*, calculé y... salimos.

La marcha, que debió ocurrir a las nueve, inicióse, en gracia de múltiples preparativos, sonadas ya las doce.

Sol crudo. Norte deshecho.

Nosotros—diez, quizás doce personas—acomodados en imperiales carros, porfirianos. Atrás, en tren aparte, las escoltas del general Obregón (ya con el nombramiento de Jefe de operaciones hasta México) y su bizarro Estado Mayor.

...Ricas afueras veracruzanas. "Los Cocos", pintoresco; "Tejería", esplendente; "Santa Rita", "Mata Loma", "La Purga," llanura abierta, exuberante y hermosa, por el kilómetro 395. De pronto prodúcese fuego crepitador, extenso, en unos tupidos zarzales, a cada extremo de las paralelas férreas. Los retranqueros, bruscos, cierran en firme arrancando enorme sacudimiento a los coches; brutal enconronazo entre hombres y cosas, algunas derribadas en la plataforma, en el saloncito de tertulia, en el comedor ya dispuesto para el yantar.

Habiánnos, sí, lanzado un artefacto de infierno; locomotora en furia, con alma de destrucción, con sangre de delirio recorriéndole las

entrañas, encendidas de hirviente petróleo—¡ah, manos feroces!

El milagro del tiempo—providencial retraso—con lo heroico sublime de un hombre no nos protegen, y la hecatombe humea todavía los horrores del recuerdo! . . . .

Aconteció así:

En ancha recurva, mozo maquinista destacó, de la distancia, al monstruo suelto. Ordena refrenar, y salta; salta, desafiando a la muerte, primero sobre el campo incendiado, después, a la "máquina loca". Agárrala, lucha, forcejea con ella—desigual batalla! . . . . Magnánimo sentimiento de humanidad, sin embargo, lo inflama y arrecia, herculiza. Mayor esfuerzo, soberbio arrebato, digno de ser cantado en estrofas pindáricas, por mil vírgenes benignas; y vence, vence!! . . . El choque fué la derrota, alarido de la perversidad deshecha. . .

Obregón, incorporado, con viril entereza, da órdenes, que se cumplen sin réplica. Carranza álzase del sofá, e inquiera, sin atosigamiento, ni amenazas, casi sin contrariedad. En su ánimo superior, florece lo bondadoso; quiere explicarse, disculpadamente para los ruines responsables, el suceso.

¡Y yo que llevaba la impresión de cómo aquel hombre ceñía, en su físico de beatitud, alma de ogro! No abundan, no, las personas clementes. Dos Venustiano Carranza — sin disputa—es una.

—En Soledad, la estación próxima, conoce-

remos la causa cierta. Sigamos lo del divorcio—expuso para remate del caso.

Yéndose a legislar con la Comisión de Reformas, nacida de la iniciativa despierta del ingeniero Palavicini, aprovechando lo docto y laborioso de los licenciados Macías y Rojas.

Otro licenciado, Escudero, Oficial Mayor de Justicia, especie de Sanguily en lo físico, pero sin los arrestos del insigne compatriota en lo moral, oponíase a la supresión del vínculo, después que Arzobispos, como el de Philadelphia, han dispuesto sea símbolo, en el matrimonio, por el anillo que une perpetuamente, el llavín que deja libertades! . . .

Almorzamos. Las tres. Nueva partida, contra el parecer medroso de algunos excursionistas. Poblado; lugar éste de donde lanzose la locomotora infernal.

Un hombrecillo, tan mezquino de carnes como de palabra, declaró, a temblor pleno:

—Vinieron. Cogieron el telégrafo. Amenazaron. Prepararon todo. Saquearon. Soltaron los frenos. Fuéronse como quien los lleva el diablo.

*Don Venustiano*: (sereno, impasible). ¿Cuántos y quiénes eran?

—Señor, responde el pobrecillo chaparro, unos treinta salteadores, que andan en gavilla, a las órdenes de Ojeda, Ojeda. No sabemos más, señor; no sabemos. . .

—¡Y hacia cuál rumbo se iban?

—Sobre la calzada, señor.

Ni apresamientos, ni castigos. Estaba claro. Lo que se debía era librar al contorno del bandidaje; y acordose que, de Veracruz, acudieran a la persecución cien hombres de a caballo. Antes, mientras los arreglos del trayecto, quince individuos partieron a guisa de exploradores; y—¡oh, sino rojo de la existencia!—cuando ya iniciábamos de nuevo el avance, los indios de la escolta—ahora en el primer tren—al descubrirlos, pasado corto trecho, les enfilaron e hicieron disparos, juzgándoles mal enemigo. Dos soldaditos sucumbieron, partido el corazón por las balas; a los otros, libroles de tan hosca muerte, la enseña blanca, de paz, a buen tiempo enarbolada. Esta noticia, entre los militares, no produjo, aparentemente, efecto alguno; entre los civiles, apenas si un silencio de doloroso desconsuelo; yo, menos hecho a esos brutales efectos, sentí frío en las venas. ¡Morir así!...

—¿Luego?... Luego—a marcha lenta el convoy—la influencia objetiva del paisaje, ahogó en mí todo sentimiento interior, de proximidad, ¿Qué valía, para la emoción, un hombre, qué valían mil hombres, con sus acciones, con sus pensamientos, con sus vidas, comparándoles a la obra suprema de la montaña, y el río, de los árboles y la luz, del cielo, las águilas y las rosas? Polvo. Nosotros perecemos en una infecta descomposición, símbolo, tal vez, de la miseria que hemos alentado sobre la tierra; el mundo de las cosas no padece jamás aniquilamiento.

Aquel laberinto cósmico, por una revuelta del camino abierto a mis órbitas, deslumbradas de seducción, sería el mismo, acaso, que hollara el conquistador, contra la huraña valentía de las razas autoctonas; el mismo con la cascada mansa del agua perlina, refresco de su entraña; el mismo salpicado de encinos y breznos, de pomposos laureles, y eucaliptus sacros; el mismo envuelto en una irización azul, bajo el dombo prístino, al vuelo del ave “verbo del Sol”, pletórico de aromas silvestres...

Don Ramón del Valle-Inclán afirmó semejante sutileza: Son las palabras espejos mágicos donde se reflejan todas las imágenes.

No, estas palabras mías, tímidas, sueltas, sin ritmo, ni grandeza, imposible de despertar, ni aún en mí mismo, el recuerdo de cuanto, exaltándome la fantasía hasta lo infinito, me produjo el dolor de sentirme estéril para la reproducción intelectual. Sucumbo abrumado, abismado, náufrago en un océano de evocaciones!...

Vino “Paso del Macho”, con sus casuchas agazapadas, su corriente cerúlea, su olor a vegetación, su belleza abrupta; pasó Atoyac, el Atoyac que en versos del meliflúo Altamirano:

“nace de una sonrisa del Destino,  
y la esperanza arrúllale en la cuna...  
...para hundirse en la desdicha luego”

Y presentose después otro incidente: El explorador que retranca y retranca al tren nuestro, resolviéndose el encontrón con ruidoso fracaso de

cristales—tal subrayara el poeta García Jurado, en tributo a Rubén.

. . . De lo profundo parecía surgir la tiniebla, invadiendo el ambiente; un negror jalde reinó por donde quiera, levantando al tembleteo de la luz verde del vagón, sombras de trasgos y endriagos, signos cabalísticos, en la franja indecisa de la vía. . .

Obregón recita el alucinante poema de Asunción Silva, y canta canciones de Cuba, con música de la habanera "Tú", que le enseñara novia de Matanzas; explica Palavicini cómo atravesamos "Paraje Nuevo," y "Peñuela," sitio éste del cual llevóse la piedra para el gran puerto veracruzano; diluye, al pronto, la luna, el oro frígido de su errante agonía en la quietud nocturna; un perro agujerea el silencio, ladrando, agudo, clamoroso—quizá le tiemblen las orejas, y sienta frío en el hocico. Hacemos alto en Córdoba, cuyo nombre ofrece acre sabor de reminiscencias hispanas.

En aquella estación, agazapada, sencilla, prodúcese espectáculo singular. Empiezan las guarniciones. Y habíamos de oír los guturales gritos—encuentro y bienvenida, vibrante regocijo—cambiados por los indios de Sonora.

Obregón: "Hachine mane. Que tu ne masgüe."

Ellos: "Caita".

(Quien me lo reprodujo, tradúcelo así: ¿Cómo están? ¿Aún no miedo?—No hay).

—Ji, jijijijiji, ji, ji, ru ruá, ru ruá, ru ruá, ji.

Hombres y mujeres cogíanse las manos; arreglábanles, a ellos, las cintas y las borlas rojas y amarillas del "huichol," de las bocamangas; a ellas halagábanles sus dobles trenzas, de pelo lacio, negrísimo, caído por sobre las espaldas cobrizas.

Otra indiada del lugar (las hembras, uniformemente vestidas de azul borroso, casi todas con los muchachillos sujetos a la espalda) ofrecían en venta, pollo guisado, tortillas, pulque, pan, naranjas, tamales. . .

Comprámosles algunas cosas, más por protección que con ganas de masticar; y marchamos—un grupo—metidos en miserable tranvía, a recorrer la pequeña ciudad en penumbra.

Inicié mis observaciones contemplando la pareja de mulas tiradoras del carro, por unos fijos railes. Flacas, raquíticas, con las orejas gachas, y los ojos tristes, parecieronme más infelices, más en resignada mansedumbre, más miserables que las nuestras—como si comprendieran su máxima esclavitud, arre y arre, siempre, siempre, por el mismo caminito, dentro de la carriera de "ferro". Tres kilómetros de camino, y empezaron a titilar las luces eléctricas, alumbrando, tenuemente, ligeros chalets rodeados de jardines; de unos a los otros descubriáse terreno libre, lleno de verdores.

Plantas productivas—anota García Jurado—café, maíz, legumbres, cacao; y también enredaderas, matas de rosál, jazmin, tulipán, begonia. . .

Hay en Córdoba—continuó el vate satisfecho de sustituir a barato apunte geográfico—Escuela General de Agricultura, Granja modelo, monumentos históricos, como el obelisco a los héroes contra la intervención del francés; algunas fábricas. . .

Atl, que nos acompaña, interrumpe:

—Hay cementerio.

Por él atravesábamos: Cuatro paredes renegridas, fantasmales, lúgubres, tras las que retorciánse unos brazos de árbol funerario. Dos lechuzas rasgan el espacio con su vuelo áspero; graznan fatídicas; vienen a cernerse sobre el tranvía. Las mulillas percátanse de nuestra inquietud, y apresuran el paso esclavo, hacia el centro urbano. Allí el zócalo, amplio; allí la inevitable iglesia, estilo colonial, torres góticas, frontispicio churrigueresco, masa románica; allí, en ringlas bastante simétricas, las casas; casas lucidas, de ancho frente y hospitalario ventanaje, como abrigado por enormes aleros, al ras vertical de cada acera.

Serían las diez de la noche, y ni ví un alma, por ningún contorno. Aquello prodújome emoción extraña, de ansiedad, de ensueño. Puse la vista en la comba sideral, fulgente de estrellas, y no sé si hice votos para que, con un próximo sol del mañana, reventara de nuevo, allá como en la República entera, la actividad del orden, de la garantía, del trabajo; desbordante fuerza de estos pueblos donde corren ahora, en ráfagas de infortunio, la melancolía, el ven-

cimiento, la desolación espiritual, la muerte de las energías humanas—mil veces ella peor a la otra, definitiva, de los cementerios. . .

#### CUMBRES DE MALTRATA

Desde el primer instante de comedor apuntóse quedara con don Venustiano—hidalga preferencia al colocarme él junto a su izquierda, Obregón del lado principal; la noche, a pasarla en el tren de exploraciones, carro-dormitorio, sobre muelle litera.

Acostado me hallaba cuando el partir de Córdoba.

—¿Hora?

No importa. Sé que sin resonar aun las cinco en la serenidad eglógica de la madrugada, el asistente de los "pullman" me despertó por mandato del general:

—Quiere enseñarle el pico de Orizaba.

Yo tenía conocimiento de él por un "pastels", número 60, de la Exposición Atl: "Les Montagnes du Mexique," "pastels," que me obsequió su autor con leyenda en francés. Leedla traducida:

Masa piramidal de color de oro con reflejos violáceos, desnuda, áspera y terrible—bella como una joya, grande y muda como el recuerdo de una hecatombe.—Alrededor de su cráter carcomido por los siglos, el frío sideral borda constantemente luminosa corona de nieve; a sus pies el amor ardiente del Trópico teje prodigiosas guirnaldas de jardines y de bosques. La

grandeza solemne de la montaña aparece sobre las colinas eternamente floridas, como la tumba de un muerto ilustre el día de su aniversario glorioso.

Alimentaba muchos anhelos de contemplarlo, por manera directa, buscando completar las ilusiones de dibujo, y de descripción. Levantéme, pues, apenas llamado, y salí a la plataforma, desde donde abarcábamos el panorama pleno.

¡Qué portento! . . .

John Ruskin, insigne maestro de estetismos, tratándonos del paisaje en "Los pintores modernos," tras explicar los efectos, si esplendorosos, falsos, de un inmenso techo cristalino en fábrica vienesa—simulación, ante los sentidos, de Alpe—escribe: "Cierto, por lo tanto, que el sentimiento provocado en vosotros a la vista de una montaña nevada, sea más vivo que el que podría suscitar aquel otro objeto del mismo gris argentado".

Y explicando, a seguidas, el fenómeno, aventura depender de la sola realidad en la Naturaleza, sugeridora de tantas imágenes, ya sean subalternas o accesorias.

Comparto, cabalmente, semejante juicio, audaz. Mis ojos vieron apenas la granítica ingencia, un como pebetero magno, plutónica maravilla, apoteosis de suntuosidades, divina expresión de belleza, vigor soberano de la piedra—dura cifra de los siglos, pagana gloria del planeta inmortal!; pero la fantasía, pájaro lí-

rico, ¡cuánto campo aparte halló para sus alas, remontándose a través de las edades y el tiempo! ¡Cuánto recorrió, fijó, desentrañó en un instante; desde la lava apocalíptica, nacida en lo recóndito del titán, y hecha catarata por su fofa corteza, al bloque portentoso, cristalización de lágrimas vernaes, fácil a la caricia febea, hasta irrumpir en ríos sagrados; árboles—miles—veneros de prolijidad; fieras ululantes; plumajes de edén; alba, sortilegio de luz, con su gracia impoluta, en blancor eucarístico; noche, maga paridora de lumbres, inquieto arcano, presagio de la muerte; el viento y la bruma; los hombres, los hombres! felices en la caverna madre, llenos de pesadumbre, de tristeza.—Phocas el campesino—al cultivar el agrio flanco; Dios!! . . .

. . . De arriba, arriba, de lo más alto, de allí en donde la dulce creencia coloca a los querubines, procede, sí, el milagro: me lo dijo el alma, que no engaña. Sobre la cónica majestad manos angélicas pulverizan, cada mañanita, oro, oro, oro; viejos gnomos, avaros, recógenlo y ocúltanlo ávidamente en los repliegues interiores de la tierra. Libertar el fabulosísimo caudal, al abrigo de la paz, será la ventura de México. Bien lo sabeis, hijos del tórrido país.

Un túnel; otro túnel; otro túnel. La máquina, como un topo formidable, agujereaba los obstáculos, perdiéndose en un laberinto de sombras, para reaparecer incendiada de coraje, vomitando llamas por sus fauces. Ahora es puente